

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EL SENTIDO DEL SITIO

Discurso del Académico Honorario electo

Excmo. Sr. D. Richard H. Driehaus

Leído en el acto de su recepción pública
el día 28 de octubre de 2015

y Contestación del

Excmo. Sr. D. Rafael Manzano Martos



MADRID
MMXV

EL SENTIDO DEL SITIO

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EL SENTIDO DEL SITIO

Discurso del Académico Honorario electo

Excmo. Sr. D. Richard H. Driehaus

Leído en el acto de su recepción pública
el día 28 de octubre de 2015

y Contestación del

Excmo. Sr. D. Rafael Manzano Martos



MADRID
MMXV

Discurso del
Excmo. Sr. D. Richard H. Driehaus

“Cuando construimos, pensemos en que construimos para siempre. Que no sea para un placer inmediato, ni solo para su uso inmediato; que sea una obra que nuestros descendientes nos agradecerán”¹.

Distinguidos Miembros de la Academia:

Es para mí un honor inesperado y especial el haber sido invitado a unirme a Uds. como miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ser reconocido por una institución cuyos miembros, a lo largo de la historia, han sido practicantes y a la vez conservadores de una de las tradiciones artísticas más profundas y ricas de nuestra civilización, es una experiencia que me llena de humildad. Estoy profundamente agradecido a los académicos que propusieron mi nombre como candidato a ser miembro de honor de la Academia: D. Antonio Bonet Correa, D. Ismael Fernández de la Cuesta, y D. José María Luzón Nogué.

La identificación, el fomento y la celebración de un *sentido del sitio* ha sido la fuerza motriz de mi filantropía, y de mi tiempo libre durante dos décadas. La palabra lugar sugiere que un punto en particular no se parece a ningún otro, que está dotado de cualidades que lo convierten en algo más que una mera ubicación. Como verbo, la palabra colocar, que en inglés es la misma que lugar, significa poner, situar, plantar o depositar. Como sustantivo, lugar significa un entorno, una ubicación, región o localización. Para crear con éxito un *sentido del sitio* en el entorno construido significa incorporar, y en realidad, unir la cualidad activa del verbo con la permanencia del sustantivo. Estas dos cualidades – la acción y el arraigo en el espacio y el tiempo, deben coexistir.

La palabra “sentido” une el elemento psicológico intangible a la expresión. Cuando uno siente una conexión, se identifica con un lugar en particular, o que está localizado en tiempo y espacio a través de distintivos emblemáticos, se debe a que ese lugar en particular con sus cualidades únicas, preserva la memoria.

Actualmente, hay demasiados lugares que carecen de ese carácter único que se presta a la memoria porque como sociedad no hemos conseguido conservar con mimo los lugares que hemos heredado y crear nuevos lugares dotados de una resonancia emocional. Ese fracaso es especialmente inquietante porque esos lugares a menudo encarnan a nuestro patrimonio cultural que, una vez que se pierde, no puede ser reconstruido. La mayor parte de lo construido en los últimos cincuenta años se ha construido sin una referencia específica al patrimonio arquitectónico de un lugar en particular. Cada año, nos acercamos más a vivir en un mundo en el que, como dijo la escritora estadounidense Gertrude Stein en una cita famosa, “no hay ahí allí”.²

El desapego emocional de la mayoría de los edificios de la postguerra que salpican nuestros grandes centros urbanos es la manifestación de un movimiento de la arquitectura que volvió la espalda a los precedentes históricos y derivó hacia el estilo personal de cada arquitecto en concreto. La personalización de la arquitectura pública ha perjudicado a nuestra capacidad de sentirnos conectados.

Afortunadamente, es cada vez mayor el número de evidencias científicas que demuestran que el *sentido del sitio* afecta a nuestro bienestar emocional y físico. Me gustaría hacer referencia a un lugar en Chicago que conozco bien. Este sitio empezó a ganar terreno en una calle típica del centro, en el que sólo había un edificio histórico, y una cochera adyacente, que yo adquirí hace unos treinta años para que albergara la sede de mi empresa de inversiones. Con el tiempo, fijé mi atención en otros tres edificios de la misma calle. Colectivamente, tras una labor de persuasión, actualmente conforman un sitio (IMG. 1).

A pesar de que el entorno inmediato no era el más adecuado para recuperar el *sentido del sitio* de la zona – hay cuatro rascacielos cerca, que



1. *Vista hacia el este de Erie Street, con los edificios históricos a la izquierda.*

podrían estar en cualquier gran ciudad y que se construyeron durante los últimos treinta años – esos cinco edificios históricos tenían el potencial para comunicarse directamente entre sí.

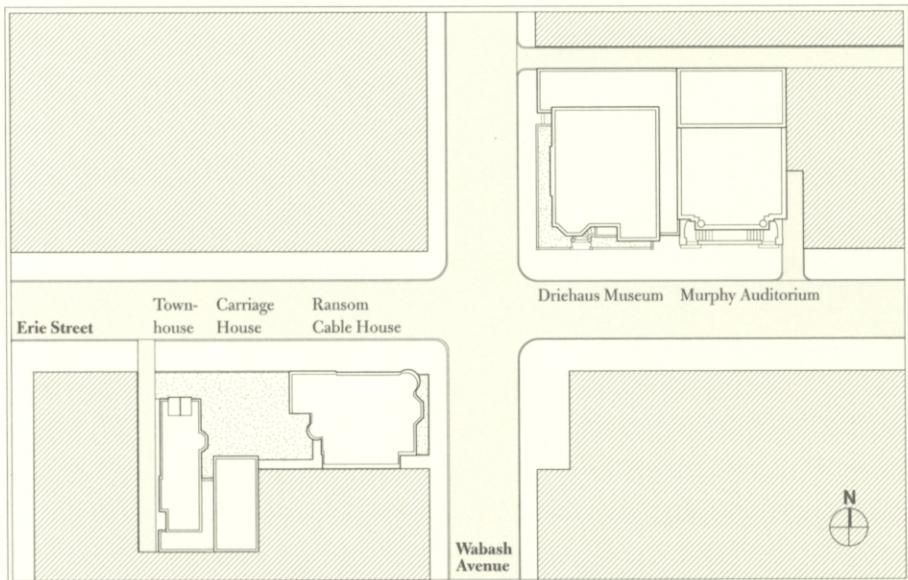
A dos manzanas al oeste se encuentra la famosa Avenida Michigan, actualmente llamada la Milla Magnífica, que transcurre en paralelo al Lago Michigan y lleva hacia el norte desde el casco viejo de la ciudad. La Avenida Michigan fue proyectada hace unos cien años por los arquitectos Daniel Burnham y Edward Bennett, como parte de su *Plan de Chicago* de 1909, una revolucionaria iniciativa para el embellecimiento que cambió el rumbo de la planificación urbanística en EEUU. El *Plan de Chicago* proporcionó la hoja de ruta para la transformación de la poco atractiva e insalubre zona de costa junto al lago en una cadena de parques públicos únicos en el mundo.

El *Plan* también proporcionó “eficiencia, orden, salud, belleza, armonía, unidad y dignidad”.³ La Avenida Michigan se ha convertido, conforme a la intención de los arquitectos del Plan, como la principal calle comercial rebosante de actividad, así como en un paseo público, con un fuerte *sentido del sitio* (IMG. 2). A causa de ello, nuestro emplazamiento en Erie Street, a sólo dos manzanas de distancia, goza de un tránsito constante de peatones, lo que supone una circunstancia favorable para la creación de un sitio.

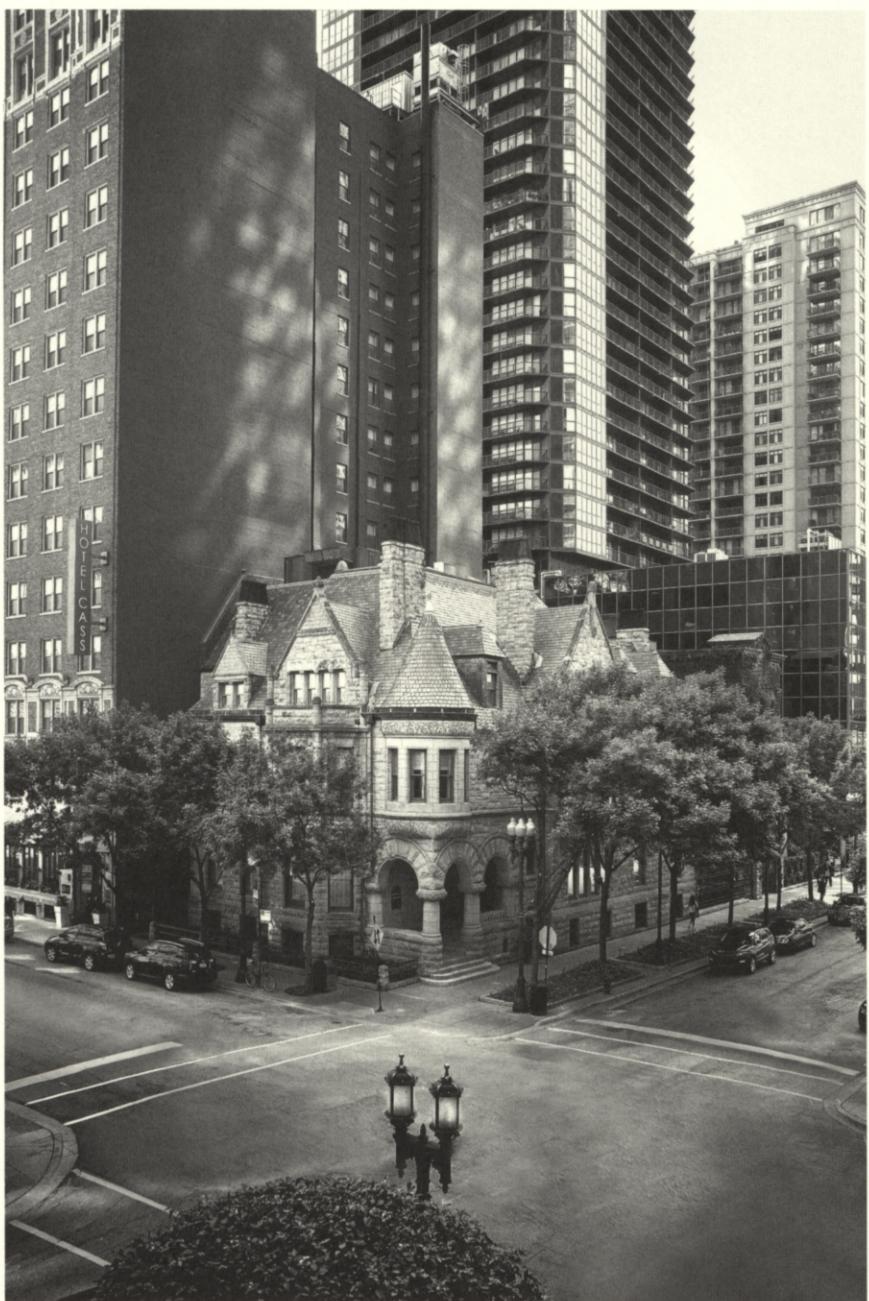
Lo que me atrajo de estos edificios como candidatos a la reintroducción del *sentido del sitio* es que son supervivientes de una época anterior en la que las principales familias de Chicago tenían sus hogares en esta zona y en estas mansiones. Esta zona era conocida popularmente como “McCormickville”, en honor a Cyrus McCormick, el inventor de la cosechadora mecánica, y cuyos numerosos descendientes residían en el barrio.



2. Vista desde Michigan Avenue hacia Erie Street al sur.



3. Plano de los edificios históricos de East Erie Street.



4. *La Ransom R. Cable House en contexto.*

El conjunto de cinco edificios históricos, a pesar de no tener relación entre ellos, proporcionaba no obstante una visión de la estética original de esta calle. La relación física entre ellos, sin embargo, planteaba retos considerables; están separados por una intersección que los divide en dos parejas de edificios, situadas en las dos aceras opuestas de Erie Street (IMG. 3). Dentro de estas limitaciones, comenzamos el proceso de mejorar el atractivo de la calle y su unificación visual. Una gran ventaja fue que dos de los edificios ocupaban grandes solares uno frente a otro en diagonal, y uno de ellos tenía su entrada en una de las esquinas.

Nuestros primeros esfuerzos se centraron en la Ransom R. Cable House (IMG. 4), que yo adquirí en 1987, con el objetivo de que fuera la sede social de Driehaus Capital Management LLC, y que sigue cumpliendo a la perfección actualmente (IMG. 5). Esta mansión incluye un edificio independiente de cocheras, del que le separa un gran jardín abierto a la calle. La Cable House fue encargada en 1886 por el ejecutivo del ferrocarril Ransom Cable. El arquitecto que eligió fue Henry Ives Cobb, que posteriormente proyectaría algunas instituciones emblemáticas de Chicago como la Biblioteca Newberry, la Asociación de Atletismo de Chicago y el campus de la Universidad de Chicago, por mencionar sólo algunos.

En su proyecto para la Cable House, Cobb siguió el estilo neorrománico popularizado por el arquitecto de Boston Henry Hobson Richardson. El carácter severo y masivo de la Cable House es típico de este estilo, que se consideraba especialmente indicado para las nuevas ciudades del Medio Este de EEUU. Este estilo era muy popular en Chicago, una caótica zona rural que surgió prácticamente de la noche a la mañana a partir de una pradera baldía.

La mansión que se encuentra en la esquina opuesta es aún mayor (IMG. 6). Fue construida entre 1879 y 1883 por los arquitectos Burling y



5. Sala de Conferencias de la Biblioteca de
Driehaus Capital Management LLC, tras su renovación en 2015.



6. La Mansión Samuel M. Nickerson (izquierda),
actualmente el Museo Richard H. Driehaus.

Whitehouse para el inversor y banquero Samuel M. Nickerson. En este caso, lo más importante es que el equipo del proyecto incluía al formidable diseñador neoyorquino de interiores y de muebles George A. Schastey. La opulencia de los interiores de la época Victoriana (IMG. 7) no tenía precedentes en Chicago, y es prácticamente un milagro que hayan sobrevivido intactos.

Mi relación con la Mansión Nickerson comenzó en agosto de 1994, cuando estaba ocupada por un marchante de arte que tenía un busto de bronce de Abraham Lincoln a la venta. Antes de realizar una compra tan importante, le pedí a mi amigo Reuben “Buzz” Harper, diseñador de interiores de Nueva Orleans, que viniera a Chicago a ver la escultura. Echó un vistazo al vestíbulo de mármol de la mansión, con su espléndida escalera, y exclamó: “Richard, no compres el busto. ¡Compra el edificio!”

Ocho años después, así lo hice siguiendo su consejo y lo convertí en un museo independiente en el que pudiera exhibir mi colección de muebles de fin de siglo y de artes decorativas. Baste decir que el edificio necesitó un hercúleo esfuerzo de cinco años para restaurar tanto el exterior como el interior y devolverlo a su estado original (IMGS. 8-12).

En 2008, la mansión se abrió al público, repleta de muebles y objetos decorativos de mi colección, que servían de escaparate para mostrar tanto los interiores históricos como los objetos en todo su esplendor. Mi intención era también que sirviera como ejemplo para hacer una declaración decidida de la importancia de la conservación del tejido histórico construido.

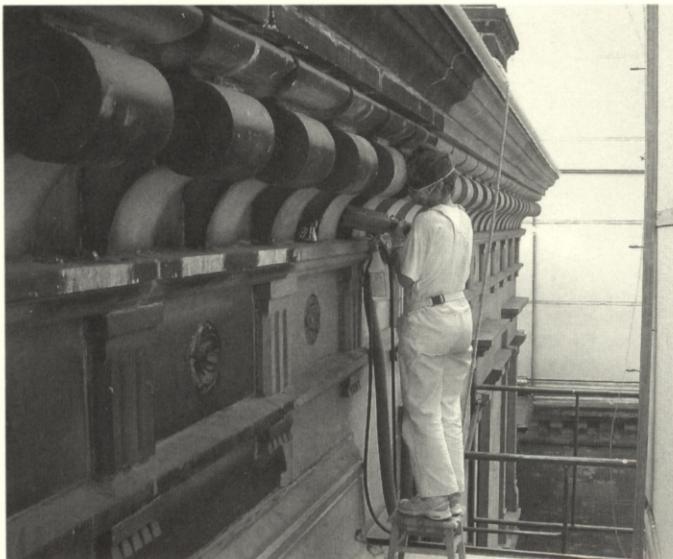
Cada una de las estancias de la mansión fue diseñada originalmente como un sitio por derecho propio. En esencia, el *sentido del sitio* se transmitía a través de sus cuidados, adecuados y gozosos detalles. Por ejemplo, el gran vestíbulo de mármol de 6 metros de altura, se abre hacia



7. La Biblioteca de la Mansión Samuel M. Nickerson
con vistas a la Galería de Esculturas, c. 1883.



8. El Museo Richard H. Driehaus en 2003,
antes de su restauración.



9. El Museo Richard H. Driehaus durante la limpieza
con láser de su alzado este en 2004.



10. *El Salón de la Mansión Samuel M. Nickerson, c. 1883.*



11. *El Salón del Museo Richard H. Driehaus durante su restauración en 2004.*



12. *El Salón del Museo Richard H. Driehaus en 2011 después de su restauración.*

arriba hasta la segunda planta. Todas las superficies, incluyendo el techo y la parte inferior de la escalera, están recubiertas de mármol, ónix y alabastro (IMGS. 13-14).

En 1900, el arquitecto George Washington Maher realizó una acertada renovación de la galería de arte original, que transformó en una biblioteca para el segundo propietario de la mansión, Lucius G. Fisher (IMG. 15). En el centro del techo se sitúa una intrincada cúpula de vidriera policroma y un friso rectangular con la característica ornamentación de la Prairie School.

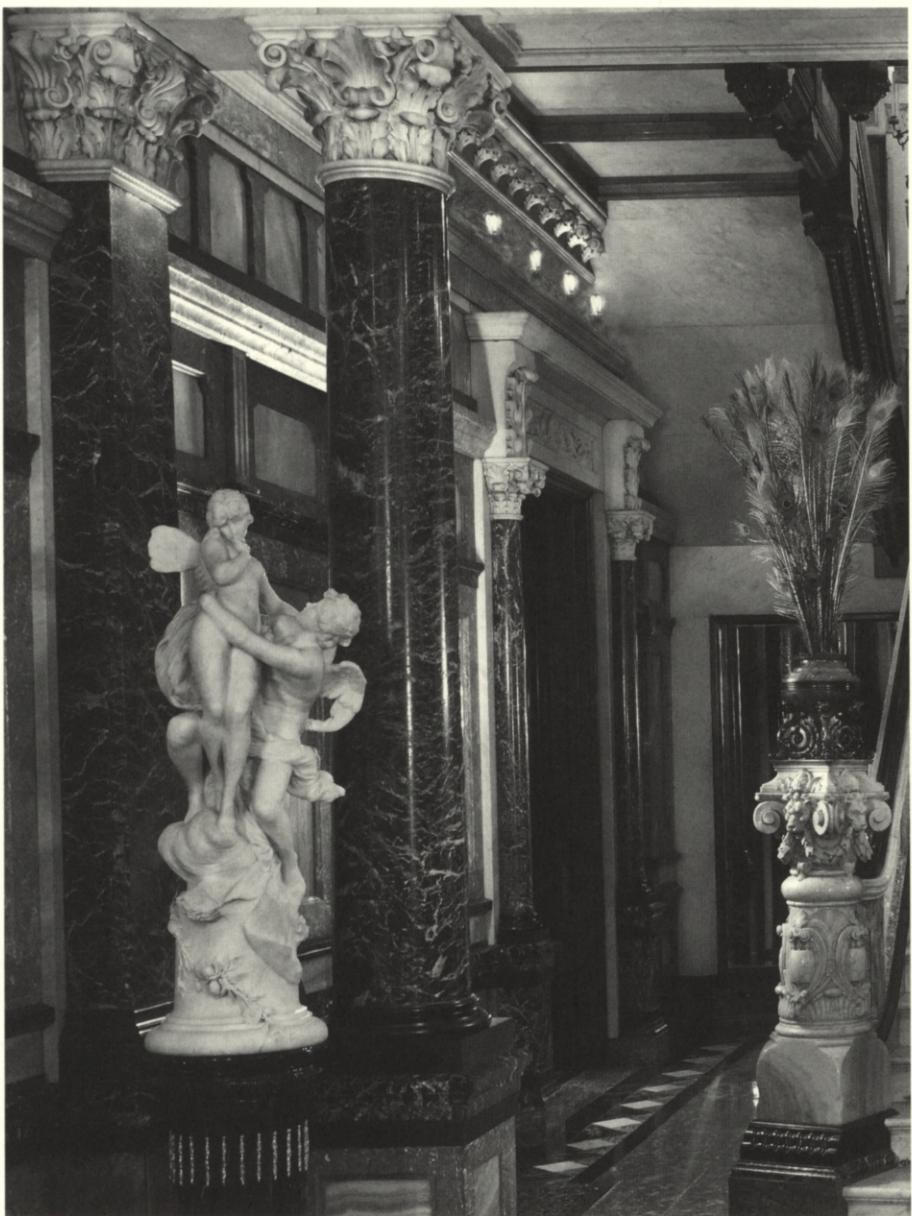
Se contrató a un gran número de diseñadores para que trabajaran en los interiores, conforme a sus respectivos estilos. A pesar de ello, las distintas estancias consiguen una estética común de ricos detalles muy elaborados, y un uso consistente de colores cálidos, así como materiales de acabados naturales. Este carácter global desempeña un papel tan importante como sus elementos individuales en la creación del *sentido del sitio* en el interior de la Mansión Nickerson. Actualmente, las estancias restauradas sirven de galerías en las que se exhiben algunos de los mejores ejemplos de las artes decorativas de EEUU del periodo, en un contexto doméstico (IMG. 16).

Yo considero la Mansión Nickerson y la Cable House, situadas en esquinas diagonales, como las anclas del sitio que hemos creado. Junto a la Cable House, con la que conecta a través de un patio, en 1990 compré un palacete de ladrillo común para ampliar mis oficinas (IMG. 17). La embellecí con ventanales y puertas altas, detalles en piedra caliza, elevé el techo, y le añadí una cornisa ornamental. Es un buen ejemplo de las casas más típicas que flanqueaban las calles de este barrio en el pasado.

Al este de la Mansión Nickerson se encuentra el Auditorio John B. Murphy Memorial. Fue construido entre 1923 y 1926 por los arquitectos



13. *Gran salón del Museo Richard H. Driehaus.*



14. *Detalles de mármol del Gran Salón del Museo Richard H. Driehaus.*



15. *La Galería de Esculturas del Museo Richard H. Driehaus.*



16. *Instalación de la exposición Louis Comfort Tiffany: Tesoros de la Colección Driehaus, en el antiguo dormitorio de Roland Nickerson, 2014.*



17. *El palacete de 17 East Erie Street.*

Benjamin Marshall y Charles E. Fox para el Colegio de Cirujanos de EEUU, que fue asimismo propietario de la Mansión Nickerson desde 1919 hasta 2003. El Auditorio, que incluye un elegante salón de actos, se construyó en lo que era el jardín de la Mansión Nickerson. Ambas estructuras estaban unidas por una sencilla y discreta conexión a dos plantas.

Los cirujanos fueron buenos administradores de ambos edificios, y respetaron sus interiores originales, que dejaron prácticamente intactos. Cuando restauramos la Mansión Nickerson, hicimos lo mismo con el Auditorio Murphy. Actualmente, su gran salón de actos proporciona un hermoso marco para las ceremonias anuales relacionadas con el Premio de Arquitectura Richard H. Driehaus y el Premio Henry Hope Reed (IMG. 18).

Estos cinco edificios, aparentemente dispares, forman un grupo en virtud de sus características inherentes comunes y las relaciones físicas y visuales que nosotros fomentamos. En conjunto, representan una gama de los estilos que se construyeron en este barrio durante medio siglo, así como un ejemplo de los distintos usos, según la zona fue perdiendo gradualmente de su carácter estrictamente residencial. Evocan sentimientos de nostalgia y nos recuerdan la antigua naturaleza poética de estos barrios. Adicionalmente, son un testigo del paso del tiempo.

Las diferencias de estilo y uso no impiden que estos edificios sean vecinos bien avenidos. Los tres están construidos con materiales naturales. El Auditorio Murphy, por ejemplo, está revestido de una piedra que armoniza en tono con la de la Mansión Nickerson, y encierra su carácter arquitectónico más grandioso en un exterior que es aproximadamente del mismo tamaño y forma (IMG. 19).

Para unificar estos cinco edificios, utilizamos tres estrategias básicas: la conexión visual y física, la ornamentación y el ritual. El reconocimiento



18. Interior del Auditorio del John B. Murphy Memorial.



19. *El Museo Richard H. Driehaus (izquierda) y el Auditorio del John B. Murphy Memorial.*

de ese *sentido del lugar* es una experiencia total, y estas estrategias buscaban conseguir un efecto general y abordaban el conjunto mediante la creación de conexiones entre ellos.

En primer lugar, nos centramos en esas conexiones en el sentido físico. Esto requirió mejorar y ornamentar los espacios alrededor y entre los edificios. Una fila de réplicas de farolas de gas, que evocan el carácter residencial original de la calle, y parterres vallados con setos y árboles a lo largo de la calle, frente a la Mansión Nickerson y el Auditorio Murphy, conectan estos dos edificios a la vez que respetan el carácter *sui generis* de cada uno de ellos.

La configuración de las jardineras y las farolas de broce y hierro engalanadas reflejan el estilo Francés formal del Auditorio, mientras que las barandillas bajas que rodean las jardineras siguen el patrón de las rejas de las ventanas del sótano de la Mansión Nickerson. Una nueva puerta situada frente a la Mansión Nickerson utiliza este mismo patrón para comunicar que ésta ya no es una casa particular, sino una institución pública. Esta impresión se ve reforzada por las banderas colocadas en el porche principal y las monumentales urnas jardineras frente a él.

Esta forma de enriquecimiento público se extiende incluso hasta los espacios privados. Detrás de una fila similar de farolas y jardineras, el patio que hay entre la Cable House y su palacete vecino se ha convertido en un auténtico jardín con fuentes, esculturas y dos farolas de gas originales de los Campos Elíseos de París. El jardín establece un diálogo entre estos dos edificios orientados a la calle las flores (IMG. 20), los arbustos y los árboles de la acera también contribuyen a acercar a ambos edificios. Así, el jardín está diseñado principalmente para ser contemplado por los transeúntes desde la acera.



20. *El jardín entre Ransom Cable House y el palacete.*



21. *La valla que rodea el jardín de la Cable House.*

Nuestra segunda estrategia se centró en la ornamentación a pie de calle como forma de atraer la atención del público y animar al transeúnte a que se detuviera a contemplarla. Incluso los edificios privados (Cable House, el edificio de cocheras y el palacete) asumen un carácter público. La alta valla que rodea el jardín lleva una placa que identifica a Cable House como un edificio emblemático y proporciona información histórica (IMG. 21).

La Mansión Nickerson, por otra parte, es actualmente un edificio público que invita a ser visitado. Los estandartes situados a ambos lados del porche lo identifican como el Museo Richard H. Driehaus y sugiere los tesoros que se hallan en su interior. Aun cuando está cerrado, la farola de gas y las banderas que hay sobre ella anuncian su carácter público.

El ritual es la tercera estrategia que utilizamos en nuestra iniciativa para crear un *sentido del sitio*. La celebración de ocasiones especiales refuerza la afinidad y proporciona motivos para que la gente lo visite en repetidas ocasiones. Uno de estos rituales, del que disfruto especialmente, se celebra en la mañana de la ceremonia del Premio Driehaus, cuando el Auditorio Murphy se abre al público para la entrega del premio al ganador de ese año. Para los transeúntes menos interesados en la arquitectura, solemos exponer varios automóviles de época en la calle, frente al Auditorio (IMG. 22). Cuando cae la noche, encendemos los braseros situados en el exterior, para señalar la celebración que tiene lugar en el interior (IMG. 23).

Las exposiciones temporales del museo son la forma más evidente de fomentar las visitas regulares a esta zona. Este tipo de rituales nos permiten señalar y celebrar el paso del tiempo, y aprovechar el hecho de que la memoria y la identidad local son esenciales para el *sentido del sitio*.



22. Coche de época frente al Auditorio
*John B. Murphy Memorial para la ceremonia de
entrega de premios del Premio Driehaus.*



23. *Un brasero frente al Museo*
Richard H. Driehaus.

Llevar un registro de estadísticas concretas sobre el número de personas que visitan un sitio, su tiempo de permanencia y lo que hacen, es una forma de documentar el éxito. Yo hago mediciones informales todos los días en la Cable House, cuando miro al exterior desde mi despacho y veo a la gente detenerse para admirar y fotografiar el jardín.

Resulta enormemente gratificante que desde la inauguración del Museo Driehaus en 2008, la asistencia ha ido creciendo hasta llegar a la cifra actual de 34.000 visitantes anuales provenientes de todo el mundo. Asimismo, el museo aparece de forma constante entre las diez primeras de las más de 950 actividades que se pueden realizar en Chicago en el conocido portal de viajes Trip Advisor.

Afortunadamente, actualmente existen también métodos concretos para recoger datos sobre emociones y actividad cerebral, que confirman la idea de que sentirse parte de un continuo es necesario para el bienestar psicológico y emocional, y que respondemos al entorno físico a través de todos nuestros sentidos.

La evaluación es fundamental, porque sólo mediante resultados mensurables podemos disponer de un argumento suficientemente sólido para apoyar la idea de que el *sentido del sitio* es crítico para la experiencia humana, y para convencer a otras personas de que piensen y participen de forma activa en la preservación de los sitios a través de la conservación histórica.

Cómo respondemos al entorno construido es una compleja experiencia biológica multisensorial.⁴ Al tiempo que intentamos comprender mejor estos misterios, conservemos el patrimonio cultural en todo el mundo de forma que las generaciones futuras se reconferten en su entorno y comprendan su identidad. No cometamos el error de convertir

nuestro patrimonio cultural arquitectónico en algo irreconocible y carrente de alma. Por tanto, respetemos y busquemos formas de mejorar la condición humana. Aprendamos de las soluciones de diseño que han demostrado su valor a lo largo del tiempo. Seamos conscientes de la importancia del sitio. Reparemos y respetemos el contexto histórico.

Asegurémonos de que el “sitio” tenga un significado durante los siglos venideros.

Muchas gracias.

Epílogo

Hace exactamente un año, durante mi estancia en Madrid para asistir a la ceremonia de entrega del Premio Rafael Manzano Martos, tuve el placer de participar en la inauguración de las hermosas galerías de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando dedicadas a la historia de la arquitectura en España y, en particular, al mundialmente famoso Museo del Prado. La Fundación Richard H. Driehaus tuvo la satisfacción de hacer que estas galerías fueran realidad.

Con la instalación de la maqueta de Juan de Dios Hernández, así como de materiales pertenecientes a la rica colección de la propia Academia, hemos conmemorado la historia arquitectónica de los proyectos realizados por José Benito de Churruquería y Diego de Villanueva para el emblemático edificio del Museo del Prado.

Richard H. Driehaus es el fundador de Driehaus Capital Management LLC. Es un apasionado defensor de la importancia de los valores humanísticos en la arquitectura actual y la conservación de las cualidades únicas del tejido histórico, ya que, en su opinión, éstas son tareas complejas e importantes. Con este fin, creó la Fundación Richard H. Driehaus, con sede en Chicago, el Premio Richard H. Driehaus, y el Premio Rafael Manzano en España.

-
1. John Ruskin, *The seven lamps of architecture*, 1849.
 2. Gertrude Stein, *Everybody's Autobiography*, 1937.
 3. *Plan of Chicago: Centennial Edition*, introducción de Carl Smith, 2009, p. XXI.
 4. Para mayor información sobre estos conceptos, véase *Architecture and Embodiment: The Implications of the New Sciences and Humanities for Design*, de Harry Francis Mallgrave, 2013.

Discurso de Contestación del
Excmo. Sr. D. Rafael Manzano Martos

Señores Académicos, Señoras, Señores.

Hoy esta Real Academia viste sus mejores galas para dar la bienvenida y recibir en ella como Académico de Honor a un hombre singular, Richard H. Driehaus, que ha consagrado su vida y su fortuna al mecenazgo sobre la Arquitectura y el Urbanismo, a fomentar la investigación sobre su historia, y a la promoción de un prototipo de ciudad que no haya perdido los valores que el lenguaje clásico imprimió con sus obras en las ciudades del pasado, y que constituyen los hitos históricos que avalan el rango superior de determinados rincones urbanos, donde el hombre se sigue encontrando a sí mismo, lo invitan al paseo, al goce de su belleza y a la meditación sobre su historia.

Richard H. Driehaus ha sido un verdadero mago de las finanzas en ese Chicago, tan lejano y, tan próximo gracias a él, y que ha venido a convertirse en una verdadera capital de la Arquitectura de nuestro pasado más reciente. Chicago es una ciudad que ha gozado en los avatares de su historia de una autentica fortuna arquitectónica. Tuvo suerte primero con su urbanística, que transformó las insalubres orillas del lago Michigan, en un espejo de su propia belleza, por manos de Daniel Burnham y Edward Bennet, en su Plan Chicago de 1909. Ellos drenaron el reborde pantanoso y crearon una excelente retícula “hipódámica” en clara continuidad con la tradición colonial americana, tanto de los territorios hispánicos, como de los de influjo inglés, que se enriquece con los canales que surcan las calles como en una Venecia de los rascacielos, trabando las aguas del lago con su bien dibujada traza urbana.

Chicago desarrolló una gran arquitectura pétrea y latericia por manos de sus grandes arquitectos finiseculares y de los primeros años del siglo XX, creando una verdadera “Escuela” allí iniciada por mano de los

míticos Henry Hobson Richardson, William LeBaron Jenney, Daniel Hudson Burnham and John Wellborn Root, David Adler, Louis Sullivan, y más tarde el joven Frank Lloyd Wright. Y pronto convertida en el gran patrón lingüístico de la nueva arquitectura de las grandes ciudades de los Estados Unidos.

También Chicago fue pionera de la arquitectura de los rascacielos, llevando a plasmar en los años del modernismo y del Art Decó prototipos que quedan ahí como obras maestras de la aplicación del lenguaje clásico a las proporciones gigantes de estos nuevos colosos urbanos. Y con ellos se han venido a mezclar en bellas maclas cristalinas, nacidas acaso del azar pero con verdadera fortuna plástica, los más modernos por sus formas y sus materiales, hijos de nuestro tiempo.

Pero sobre todo Chicago es la capital de la arquitectura de hoy día por el mecenazgo de Richard H. Driehaus y de Jay A. Pritzker, inventores y generosos donantes de sendos premios que honran respectivamente la excelencia de la arquitectura actual que aún se siente conservadora y en continuidad con la del clasicismo y, el otro, la excelencia también en los grandes avances estilísticos e imaginativos de la modernidad.

Todos los años, por gracia de tan generosos donantes se abren las aulas académicas de estos dos grandes premios para honrar a un arquitecto, a veces modesto, de cada una de las dos tendencias en que se orienta la arquitectura de nuestro tiempo.

El premio Driehaus, se complementa cada año con el Henry Hope Reed, que está dirigido a honrar tanto a historiadores de la arquitectura, como a promotores de obras de alta calidad en ciudades históricas, o incluso a gestores públicos que se han caracterizado en la defensa del patrimonio arquitectónico.

Pero Richard H. Driehaus ha tenido una especial deferencia hacia España: la creación de un premio especial para nuestra arquitectura al que, inmerecidamente, ha querido dar mi nombre y que desde sus primeros momentos ha estado vinculado a nuestra Academia en la que refuerza y reafirma nuestras obligaciones institucionales de defensa del lenguaje del clasicismo, de la correcta restauración de nuestros monumentos, y de la conservación de nuestra gran herencia urbana. Pero además la Academia quiere agradecer hoy a nuestro nuevo académico, su presencia anual entre nosotros y su interés y participación en determinadas iniciativas académicas.

El gran respaldo académico y espiritual permanente de Driehaus en América ha sido la Escuela de Arquitectura de Notre Dame de Indiana, donde se ejercita en la perfección la docencia de la Arquitectura, y donde cada promoción recibe un curso dado en la propia Roma, todo bajo la mirada certerísima de su Director, Michael Lykoudis, aquí felizmente entre nosotros. Allí en aquella excepcional escuela, he visto con emoción surgir los proyectos del papel fijado sobre el tablero, de mano sólida de profesores y alumnos, como en tiempos ya lejanos en nuestras viejas escuelas, y a ella encomendó la gestión y garantía de altísima calidad en el proceso de selección de sus premios.

El otro consejero fidelísimo ha sido Léon Krier, que después de vagar por todo el mundo con su ojo certerísimo, siempre en el objetivo de la buena arquitectura, nos ha hecho el regalo de asentarse en nuestra patria, en la dorada isla de Mallorca echando su áncora ¿definitivamente? sobre el Mar Eterno. Léon ha sido crítico, guía segura, arquitecto en evolución permanente, dibujante genial, impulsor de la vieja arquitectura y de la nueva.

Y finalmente la dulce Carol Wyant, su emisaria, como Iris, y perpetua y sabia consejera en todo lo relativo a los premios Driehaus.

Asesorado por tan sólido equipo, Richard Driehaus ha ejercido el mecenazgo como solo puede entenderse en Estados Unidos, no como una simple devoción por un aspecto de la cultura, sino como entrega total a la causa elegida.

Hoy, con ocasión de su ingreso como Académico de Honor de esta casa nos ha querido traer aquí su teoría sobre el sentido de los “Sitios” que han sido marcados por especiales hechos urbanos, sean obras singulares de arquitectura, aciertos urbanísticos, paisajes, jardines o por hitos de la Historia, que dan forma a un entorno cuya conservación a ultranza, ha venido defendiendo a lo largo de su vida, y que hoy lo ejemplariza en el salvamento de cuatro edificios antiguos, situados en dos esquinas opuestas del cruce de las calles Wabash y Erie Street a dos cuadras de la Avenida Michigan, una de las más elegantes de Chicago, trazada por Burnham y Bennet, paralela al Lago como vía comercial y de paseo público.

Las otras dos esquinas contrapuestas las ocupan edificios recientes, un tanto anodinos, que han sido discretamente camuflados por el arbolado y por la unificación de los elementos del mobiliario urbano que recogen los viejos modelos de la ciudad y del entorno que habían casi desaparecido, y han venido a constituir un “sitio” singular, un auténtico “Driehaus Campus”.

De esta forma se ha reconformado el “Sitio” según una diagonal, forzada, pero que da unidad al conjunto, de forma similar a como supo relacionar el genio del Bernini sus dos esculturas de Daniel y Habacuc en sendos rincones opuestos de la Capilla Chigi en Santa María del Popolo de Roma.

Estos edificios se han convertido sucesivamente a lo largo de los años en oficinas de la empresa Driehaus y de su Fundación, la mansión

Nickerson en Museo de las Artes del primer cuarto del Novecientos, y en antesala del cuarto edificio, un antiguo Anfiteatro Anatómico construido por el Colegio de Cirujanos de Chicago, gran salón cupulado de sabor ecléctico en su interior, con espacio central circundado por un plano más elevado y cubierto en tres de sus lados por una amplia tribuna. El exterior, de gran empaque, en el mejor neopaladianismo inglés.

Sistemáticamente restaurado el conjunto, es hoy el perfecto marco anual para la solemnísima entrega de los Premios Driehaus y Henry Hope, y de su cena de gala ritual.

Richard Driehaus ha fijado con garantías de futuro, reordenando su entorno, este “sitio” privilegiado de Chicago para el disfrute de sus ciudadanos, y ha abierto al público los dos principales edificios, uno como museo y el otro como auditórium, para un uso muy similar al que nosotros hacemos hoy de este salón académico, obra brillante del inolvidable maestro Fernando Chueca quizá con alguna mínima colaboración de mi mano, complemento perfecto de este viejo palacio creado por José de Churruquería y Diego de Villanueva.

La visión de Richard Driehaus de estos “sitios” históricos de la arquitectura es muy semejante al de aquellos paisajes escogidos por nuestros reyes en el siglo XVIII para erigir sus palacios campestres y urbanos, y que han quedado consagrados en nuestra historia como “sitios Reales”.

También hubo un momento allá por los años sesenta en que los instrumentos de defensa europea del Patrimonio artístico utilizaron con criterio análogo la palabra “sitio”, para designar los conjuntos monumentales, con el mismo sentido con que lo aplica nuestro nuevo académico y que, tras un largo olvido y desuso de la palabra, ha venido muy oportunamente a rememorar en su discurso.

Querido Richard, con mi felicitación, quiero darte la más cariñosa bienvenida en nombre de la Academia, y desearte largos años de convivencia con la máxima presencia posible de tu persona entre nosotros. ¡Qué lejos y que cerca Chicago!

Mucho esperamos de tu experiencia, asistencia y consejo en esta Casa, y mucho más de tu amor a la Arquitectura y a las artes. Mucho también de tu devoción por el Clasicismo y por su prolongación y conocimiento a través de la docencia, porque no olvidemos que esta Academia nació para la depuración del lenguaje clásico en la artes plásticas y para su difusión docente, y que hoy, cual Jano bifronte, ha de permanecer siempre con la vista puesta en el futuro, pero sin dejar de vigilar la gran herencia del pasado, para su defensa, el estudio de su historia, y el análisis sistemático de su eterno lenguaje.

Muchas gracias.

Rafael Manzano Martos es conocido por su larga experiencia en las arquitecturas vernáculas Occidental e Islámica, y por su característico uso del estilo Mudéjar. El señor Manzano fue galardonado en 2010 con el premio Richard H. Driehaus de Arquitectura Clásica. Ha diseñado edificios por toda España y el Oriente Medio. Su carrera profesional también abarca la restauración, el urbanismo, y la enseñanza. En toda su obra se ha mantenido fiel al lenguaje clásico y a la integración de su trabajo en el entorno urbano y en el paisaje rural.

SENSE OF PLACE

Speech by
Richard H. Driehaus

*“Therefore, when we build, let us think that
we build forever. Let it not be for present delight,
nor for present use alone; let it be such work as our
descendants will thank us for.”¹*

Distinguished Members of the Academy:

It is an unexpected and singular honor to be invited to join you as a member of the Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. To be recognized by an institution whose members, throughout history, have been both practitioners and preservers of one of the deepest and richest artistic traditions of our civilization, is a humbling experience. I am deeply indebted to the academicians who put forth my name as a candidate for honorary membership: D. Antonio Bonet Correa, D. Ismael Fernández de la Cuesta, and D. José María Luzón Nogué.

Identifying, encouraging, and celebrating a *sense of place* has been the guiding force of my philanthropy and much of my free time for two decades. Place suggests that a particular spot is like no other; that it is endowed with qualities that make it more than a mere location. As a verb, the word “place” means to lay, deposit, plant, or situate. As a noun it means a location, setting, region, or locale. To successfully create a *sense of place* in the built environment is to embrace, and indeed merge, the activeness of the verb with the permanence of the noun. These two qualities—action and rootedness in space and time—must co-exist.

The word “sense” binds the intangible psychological element to the phrase. When one feels an attachment, self-identifies with a particular place, or is located in time and space by hallmark signifiers, it is because that particular place with its unique qualities holds memory.

Too many places today are devoid of the uniqueness that lends itself to memory because we have failed as a society to thoughtfully preserve the places that we have inherited and to create new ones that resonate emotionally. The former is particularly disturbing because such places often embody our cultural heritage which, when lost, cannot be remade.

Much of what has been built during the last fifty years is without specific reference to the architectural heritage of each particular location. Every year we move closer to living in a world where, as American author Gertrude Stein famously wrote, “there is no there there.”²

The emotional detachment of the majority of postwar buildings that dot our great urban centers is the manifestation of a movement in architecture that turned away from historic precedent and toward a given architect’s personal style. The personalization of public architecture has undermined our ability to feel connected.

Fortunately, a growing body of scientific evidence demonstrates that a *sense of place* matters to our emotional and physical wellbeing. I would like to consider a place in Chicago that I know well. This place began to take shape on Erie Street, in the heart of the city, with just one historic building and an adjacent coach house that I acquired about thirty years ago for the corporate headquarters of my investment business. Over time, I turned my attention to three more buildings on the street. Collectively, after some coaxing, they now comprise a place (FIG. 1).

Despite the fact that the immediate surroundings were not hospitable to rescuing this area’s *sense of place* — four skyscrapers that look as though they could be in any large city and built within the last thirty years stand nearby — the five historic buildings had the potential to speak directly to one another.

Two blocks east is the famous Michigan Avenue, now branded as the Magnificent Mile, which runs parallel to Lake Michigan and leads north from the old city center. Michigan Avenue was planned about a hundred years ago by architects Daniel Burnham and Edward Bennett as part of their *Plan of Chicago* of 1909, a revolutionary beautification initiative that



1. View east on Erie Street with historic buildings at left.

changed the course of city planning in America. The *Plan of Chicago* provided the roadmap for the transformation of an ugly, unhealthy industrial lakefront zone into a chain of public parks that are unique in the world.

The *Plan* also provided for “efficiency, order . . . health, beauty, harmony, unity, and dignity.”³ Michigan Avenue has developed, much as its planners intended, as the city’s major shopping street alive with activity as well as a public promenade with a strong *sense of place* (FIG. 2). As a result, our location on Erie Street, only two blocks away, has a constant stream of pedestrians, a circumstance favorable to place-making.

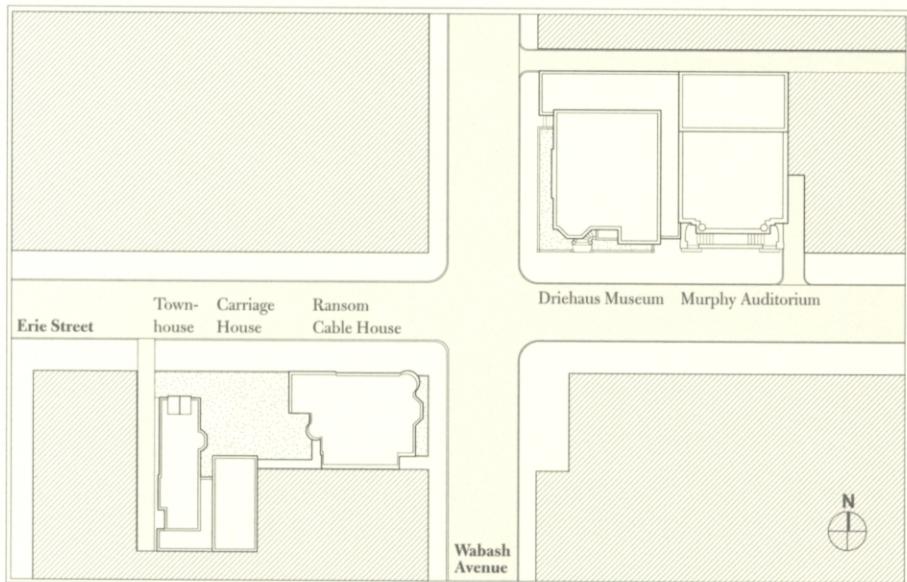
What made these buildings attractive to me as a candidate for re-introducing *sense of place* is that they are survivors of an earlier time when Chicago’s leading families called this area and these mansions home. The area was nicknamed “McCormickville,” after Cyrus McCormick, the man who invented the mechanical reaper and whose many descendants lived in the neighborhood.

This assembly of five historic buildings, disjointed as they were, nevertheless provided a glimpse of the original aesthetic of this street. Their physical relationship to one another, however, posed considerable challenges; they are separated by an intersection into two pairs on opposite sides of Erie Street (FIG. 3). Within these limitations, we began the process of improving curb appeal and visual unification. One great advantage was that two of the buildings occupy large diagonal-facing corner lots, and one addresses the corner with its entrance.

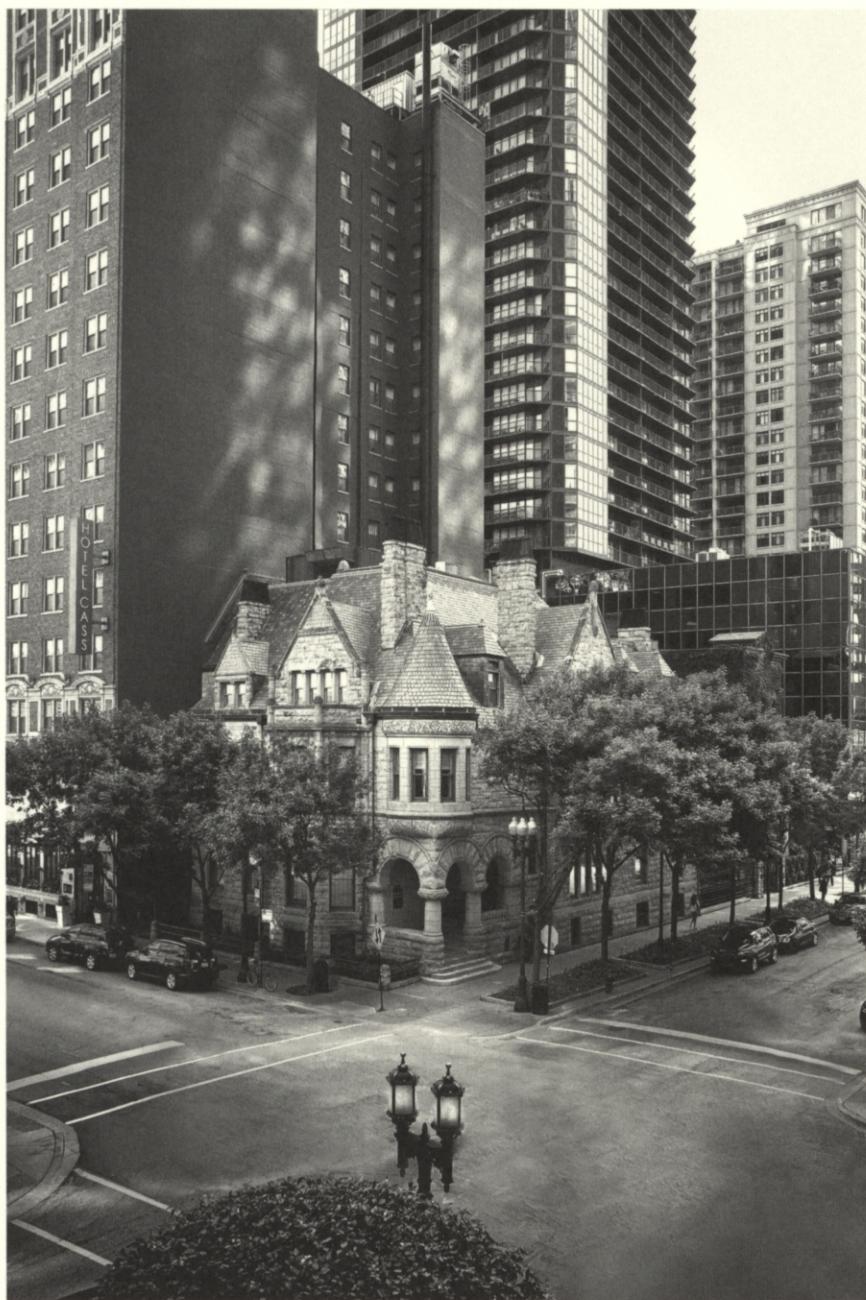
Our first effort focused on the Ransom R. Cable House (FIG. 4), which I purchased in 1987 to serve as the corporate headquarters of Driehaus Capital Management LLC, a purpose for which it is still well suited today (FIG. 5). This mansion is complete with a separate carriage



2. View south on Michigan Avenue at Erie Street.



3. Plan of historic buildings on East Erie Street.



4. *The Ransom R. Cable House in context.*

house and large garden between them that addresses the street. The Cable House was commissioned in 1886 by railroad executive Ransom Cable. He chose as his architect Henry Ives Cobb, who went on to design landmark Chicago institutions such as the Newberry Library, the Chicago Athletic Association, and the campus plan for the University of Chicago, to mention only a few.

In designing the Cable House, Cobb followed the Romanesque-revival style popularized by Boston architect Henry Hobson Richardson. The rough, massive character of the Cable House is typical of this style, which was felt to be particularly appropriate for the new cities of the American Midwest. It was popular in Chicago, a rough-and-tumble outback that sprang up almost overnight from the barren prairie.

The mansion on the opposite corner is even grander (FIG. 6). It was built for the investor and banker Samuel M. Nickerson between 1879 and 1883 by architects Burling and Whitehouse. Importantly, in this case, the project team included the formidable New York interior and furniture designer George A. Schastey. The opulence of the Victorian-era interiors (FIG. 7) is unprecedented in Chicago and that they survived largely intact is nothing short of a miracle.

My association with the Nickerson Mansion began in August 1994 when it was occupied by an art dealer offering a bronze bust of Abraham Lincoln. Before making such a large purchase, I asked my friend Reuben “Buzz” Harper, an interior designer from New Orleans, to Chicago to see the sculpture. He took one look at the mansion’s marble hall with its grand staircase and proclaimed, “Richard, don’t buy the bust. Buy the building!”

Eight years later, I secured the mansion and established it as an independent museum, The Richard H. Driehaus Museum, where I could share



5. Library Conference Room of Driehaus Capital Management LLC
(in the Ransom R. Cable House) as renovated in 2015.



6. *The Samuel M. Nickerson Mansion (left),
now The Richard H. Driehaus Museum.*



7. *The Samuel M. Nickerson Mansion Library with
view to the Sculpture Gallery, c. 1883.*

my collection of turn-of-the-century furniture and decorative arts. Suffice it to say that the building required a five-year Herculean effort to restore both the exterior and interior to their original state (FIGS. 8–12).

In 2008 the mansion opened to the public replete with furnishings and decorative arts from my collection that showcased both the historic interiors and the objects to their full effect. Another objective was to, by example, make a bold statement about the importance of preservation of the historic built fabric.

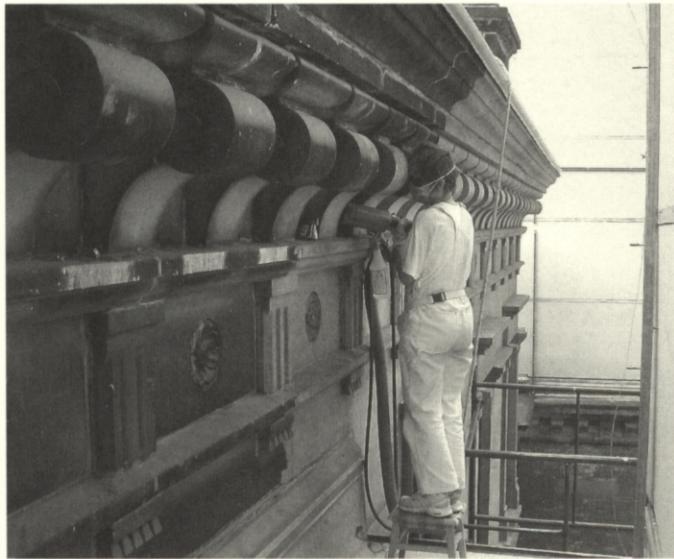
Each room in the house had been originally designed as a place unto itself, but they are unified through competent and joyful detailing. The 18-foot-high marble hall, for example, opens above to the second floor. Every surface, including the ceiling and the underside of stairs, is lined with marble, onyx, and alabaster (FIGS. 13–14).

In 1900, architect George Washington Maher sensitively renovated the original art gallery as a library for the house's second owner, Lucius G. Fisher (FIG. 15). At the center of the ceiling is an elaborate stained-glass dome and rectangular frieze with characteristic Prairie School ornamentation.

Many designers were engaged to work on the interiors and to employ their respective styles. Still, the rooms achieve an overall aesthetic of elaborately rich detail and a consistent use of warm colors and naturally finished materials. This overarching character plays as important a role as the individual elements in creating the Nickerson Mansion's interior cohesion. Today, the restored rooms serve as galleries where some of the finest examples of American decorative arts of the period are exhibited in a domestic context (FIG. 16).



8. *The Richard H. Driehaus Museum in 2003,
prior to restoration.*



9. *The Richard H. Driehaus Museum during laser cleaning
of the east elevation in 2004.*



10. *The Samuel M. Nickerson Mansion
Drawing Room, c. 1883.*



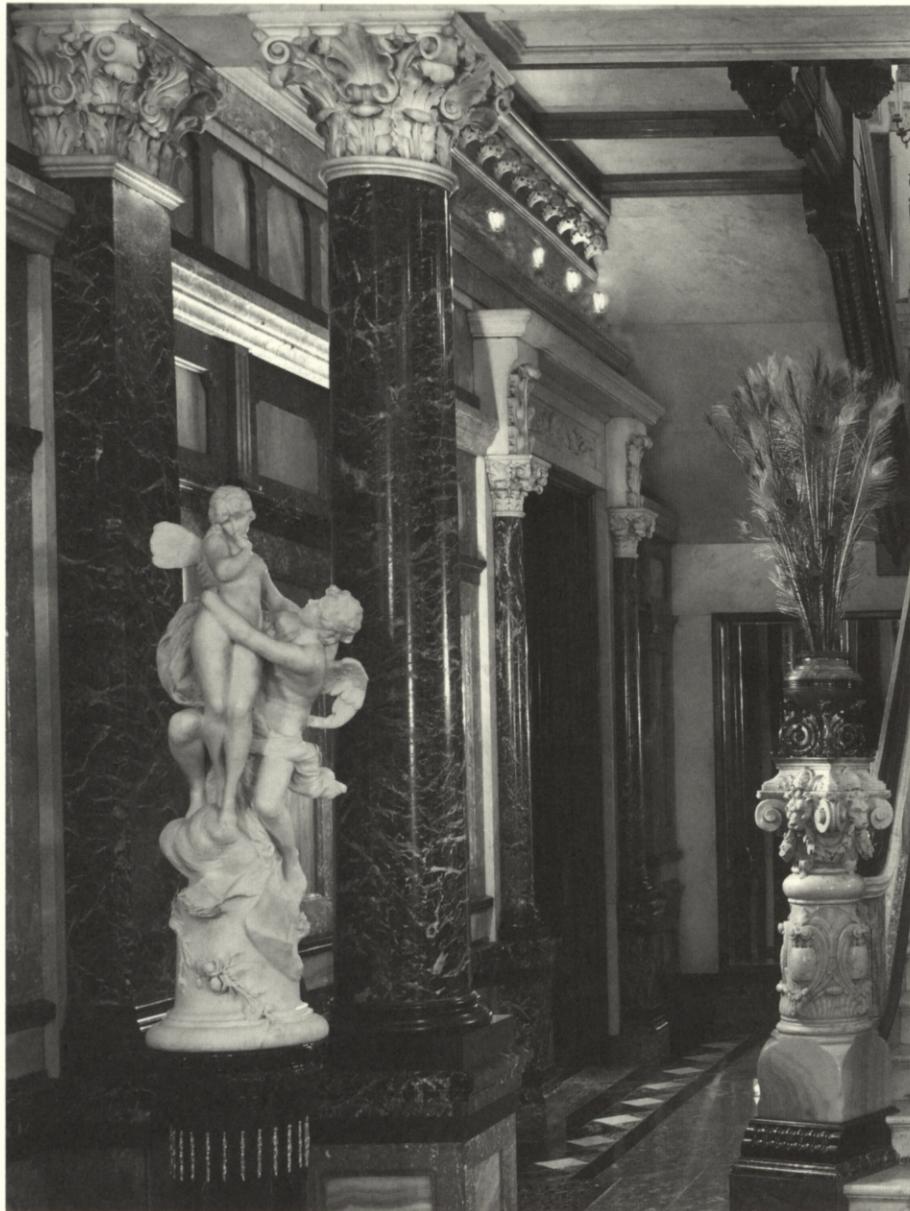
11. *The Richard H. Driehaus Museum Drawing Room
under restoration in 2004.*



12. *The Richard H. Driehaus Museum Drawing Room
in 2011 after restoration.*



13. *The Richard H. Driehaus Museum Main Hall.*



14. *The Richard H. Driehaus Museum marble detailing in the Main Hall.*



15. *The Richard H. Driehaus Museum Sculpture Gallery.*



16. Installation of the exhibition Louis Comfort Tiffany:
Treasures from the Driehaus Collection,
in the former bedroom of Roland Nickerson, 2014.

I think of the Nickerson Mansion and the Cable House on their diagonal corners as the anchors of the place we have created. Adjacent to the Cable House and connected to it by a courtyard, I acquired an early 1900s common brick townhouse for additional offices (FIG. 17). I enhanced it with tall windows and doors, simple limestone detailing, raised the roof, and added an ornamental cornice. It is a good example of the more typical houses that once lined the streets of this neighborhood.

To the east of the Nickerson Mansion is the John B. Murphy Memorial Auditorium. It was built between 1923 and 1926 by architects Benjamin Marshall and Charles E. Fox for the American College of Surgeons, which also owned the Nickerson Mansion from 1919 to 2003. The Auditorium, which includes a formal meeting hall, was built in what was the Nickerson mansion's garden. The two structures were linked by a simple and unobtrusive two-story connection.

The surgeons were good stewards of both buildings and left their original interiors largely intact. When we restored the Nickerson Mansion we also renovated the Murphy Auditorium. Today its great hall provides a beautiful setting for the annual ceremonies connected with The Richard H. Driehaus Prize for architecture and The Henry Hope Reed Award (FIG. 18).

These five seemingly disparate buildings form a group by virtue of their inherent common characteristics and the physical and visual relationships that we nurtured. Together they represent a range of styles built in this neighborhood over the course of a half century, as well as a range of uses as the area transitioned away from a strictly residential character. These buildings prompt feelings of nostalgia and remind us of the once poetic nature of such neighborhoods; they track the passage of time.



17. *The townhouse at 17 East Erie Street.*



18. Interior of the John B. Murphy Memorial Auditorium.

Differences in style and use do not prevent these buildings from being compatible neighbors. All three are made of natural materials. The Murphy Auditorium is clad in stone that harmonizes in hue with that of the Nickerson Mansion, for example, and confines its grander architectural character to a building envelope that is about the same shape and size (FIG. 19).

We used three basic strategies to unify these five buildings: visual and physical connection, ornamentation, and ritual. Recognizing that *sense of place* is a total experience, these strategies aimed for overall effect and addressed the whole by providing connections between the parts.

First we focused on these connections in the physical sense. This involved improving and ornamenting the spaces around and between the buildings. A row of imitation gas lamps, which suggest the street's original residential nature, and fenced parterres with hedges and trees that run along the street in front of the Nickerson Mansion and the Murphy Auditorium, link these two buildings while respecting that each is *sui generis*.

The planting patterns and garlanded bronze-and-iron lamps reflect the Auditorium's formal French style, while the low railings around the planters take up the pattern of the basement window grilles on the Nickerson Mansion. A new gate in front of the Nickerson Mansion uses this same pattern to communicate that this is no longer a private house but a public institution. This impression is reinforced by the addition of flags over the front porch and monumental planted urns in front.

This kind of public enrichment extends even to private spaces. Behind a similar row of lamps and plantings, the courtyard between the Cable House and its townhouse neighbor has been planted as a formal garden with fountains, sculpture, and two original gas lamps from the



19. *The Richard H. Driehaus Museum (left) and the John B. Murphy Memorial Auditorium.*

Champs-Élysées in Paris. The garden draws these two street-oriented buildings into a dialogue (FIG. 20). Sidewalk flowers, shrubs, and trees likewise draw the buildings together. Thus, the garden is arranged primarily for public viewing from the sidewalk.

Our second strategy focused on street-side ornamentation as one way to attract public attention and to encourage the passerby to stop and linger. Even the three private buildings (the Cable House, carriage house, and townhouse) assume a public character. Indeed, the high fence that encloses the garden carries a plaque that identifies the Cable House as a landmark and provides some history (FIG. 21).

The Nickerson Mansion, on the other hand, is now a public building and extends an open invitation to visit. Banners framing the porch identify it as The Richard H. Driehaus Museum and hint at the treasures inside. Even when closed, the gas lamp on the front porch and the flags above it trumpet its public character.

Ritual is the third strategy we employed in our *sense of place* initiative. Marking special occasions strengthens affinity and gives people reason to visit more frequently. One such ritual I particularly enjoy occurs the morning of the Driehaus Prize ceremony, when the Murphy Auditorium is open to the public and that year's laureate is inducted. For passersby less interested in architecture we traditionally showcase vintage cars along the street in front (FIG. 22). When night falls we light the braziers outside to mark the festivities taking place inside (FIG. 23).

Rituals such as these allow us to mark and celebrate the passage of time and to leverage the fact that memory and local identity are critical to *sense of place*. The temporary exhibitions at the museum are the most obvious means to encourage repeat visits to this area.



20. *The garden between the Ransom R. Cable House
and the townhouse.*



21. *The fence enclosing the Cable House garden.*



22. *Vintage car in front of the John B. Murphy Memorial Auditorium for the Driehaus Prize ceremony.*



23. *A brazier in front of The Richard H. Driehaus Museum.*

Tracking statistics about the number of people who visit a place, how long they stay, and what they do there is one way to document success. I take informal measurements each day at the Cable House when I look out from my office to see people stopping to admire and photograph the garden. Assessment is crucial because only through measureable outcomes will we have a sufficiently strong argument to support the case that *sense of place* is critical to the human experience, and to persuade others to actively think about and engage in place-keeping through historic preservation.

It is enormously gratifying that since opening the Driehaus Museum in 2008 attendance has grown to more than 34,000 annual visitors from around the world. The museum also is continually ranked in the top ten of more than 950 activities in Chicago on the popular travel-review website Trip Advisor.

Fortunately, there are now also more concrete methods for gathering data about emotion and brain activity that affirm the proposition that feeling part of a continuum is necessary for psychological and emotional well-being and that we respond to the physical environment through multiple senses. How we respond to the built environment is a complex biological multisensory experience.⁴

While we attempt to better understand these mysteries, let us preserve cultural heritage across the globe so that future generations will be comforted by their surroundings and understand their identity. Let us not make the mistake of rendering our cities soulless. Let us then look for ways to improve the human condition. Let us learn from time-tested design solutions. Let us repair and respect historic context.

Let us ensure that “place” has meaning for centuries to come.

Thank you.

Afterword

Exactly one year ago, while in Madrid for the Rafael Manzano Martos Prize ceremony, it was my pleasure to participate in the Royal Academy of Fine Arts of San Fernando's unveiling of beautiful galleries dedicated to Spain's architectural history and, in particular, the world famous Prado Museum. The Richard H. Driehaus Foundation was pleased to have made these new galleries possible.

With the installation of Juan de Dios Hernández' model, as well as materials from the Academy's own rich collection, we have memorialized the architectural history of José Benito de Churruquería and Diego de Villanueva's respective designs for the Prado Museum's iconic building.

Richard H. Driehaus is founder of Driehaus Capital Management LLC. He is a passionate advocate for the importance of humanistic values in new architecture and the preservation of the unique qualities of the historic fabric. He appreciates that these are complex undertakings. To this end, he founded The Richard H. Driehaus Foundation, headquartered in Chicago, the Richard H. Driehaus Prize, and the Rafael Manzano Martos Prize in Spain.

-
1. John Ruskin, *The Seven Lamps of Architecture*, 1849.
 2. Gertrude Stein, *Everybody's Autobiography*, 1937.
 3. *Plan of Chicago: Centennial Edition*, introduction by Carl Smith, 2009, P. xxi.
 4. For more on these concepts see Harry Francis Mallgrave, *Architecture and Embodiment: The Implications of the New Sciences and Humanities for Design*, 2013.

Speech reply by
Rafael Manzano Martos

Distinguished Members of the Academy, Ladies and Gentlemen,

Today the Royal Academy is bedecked in all its finery to welcome and induct an outstanding man as Honorary Member. Richard H. Driehaus has dedicated his life and his philanthropy to architecture and urbanism that is based on the values that the classical language imprinted on the great historic cities where man continues to find himself; places that are inviting, beautiful, and reflective of their history.

Richard H. Driehaus has truly worked his magic in Chicago, so distant and yet so close which, thanks in part to him, has become the true capital of the architecture of our most recent past. Chicago is a city that has enjoyed genuine architectural fortune in the vicissitudes of its history. First of all, it was lucky with its planning, which transformed the insalubrious shores of Lake Michigan into a mirror of its own beauty at the hands of Daniel Burnham and Edward Bennett, in their *Plan of Chicago* of 1909. They drained the swampy shoreline and created an excellent hypo-dynamic grid, giving clear continuity to the American colonial tradition of both the Hispanic territories and those of English influence, enhanced with the canals that criss-cross the streets as if it were a Venice of the skyscrapers, engaging with the waters of the lake with its well-designed urban layout.

Chicago developed an architecture of stone, brick, and tile at the hands of its great late 19th-century and early 20th-century architects, creating a genuine “school” started by the legendary Henry Hobson Richardson, William LeBaron Jenney, Daniel Hudson Burnham and John Wellborn Root, David Adler, Louis Sullivan and, later on, the young Frank Lloyd Wright. This soon became the great language of the new architecture of the major cities of the United States.

Chicago also pioneered the architecture of the skyscrapers, which managed to create prototypes in the age of modernism and Art Deco that still stand as masterpieces of the application of classical language to the gigantic proportions of these new city colossi. The more modern ones, with their forms and materials identifying them as creations of our times, have come to mix with the older ones in beautiful crystalline pairings with a wonderful visual impact, despite resulting from chance.

But first and foremost, Chicago is the capital of the architecture of today thanks to the philanthropy of Richard H. Driehaus and Jay A. Pritzker, the creators of the prizes that pay tribute to their vision, the former to excellence in traditional architecture and the latter to excellence in the great stylistic and imaginative advances of modernity.

Each year, thanks to these prizes, the halls of academia are opened up to honor an architect, sometimes a modest one, from each of the two leading trends of the architecture of our times.

The Driehaus Prize is paired each year with the Henry Hope Reed Award, which honors historians of architecture, developers of top quality works in historic cities, or even public officials known for their defense of architectural heritage.

In addition, Richard Driehaus has created a special prize in Spain which, undeservedly, he named for me; a prize that has been linked to our Academy right from the beginning, a prize that reinforces and reaffirms our institutional duties to defend the language of classicism, the proper restoration of our monuments, and the conservation of our great urban legacy.

A special note of thanks to the excellent team who assisted in the creation of this prize: the brilliant architect and urban planner Léon Krier,

the University of Notre Dame's Michael Lykoudis, dean of the School of Architecture, and Carol Wyant who has managed the event beautifully.

The Academy expresses its gratitude today to our new member for his annual presence among us. The depth of his generosity can only be understood in the context of his devotion to his chosen cause that is unwavering.

Today, on the occasion of his induction as an Honorary member of this house, he relates his theory of *sense of place*, which applies to places that have a unique quality born of a special urban event, be it outstanding works of architecture, good examples of town planning, landscapes, gardens or by milestones of history that shape an environment. A fine example of this is the restoration of five old buildings, set on two opposite corners of the intersection of Wabash Avenue and Erie Street, two blocks from Michigan Avenue, one of the most elegant in Chicago, running parallel to the Lake as a shopping street and public promenade.

The other two corners are occupied by two recent, somewhat bland buildings that have been discreetly camouflaged by the trees. The way the urban furniture has unified it all, by bringing together the old models of the city and the surroundings that have all but disappeared, which have come to constitute an outstanding "place"—a "Driehaus Campus."

Hence the "place" has been re-shaped in accordance with a diagonal that, while forced, gives the whole unity in a similar fashion to Bernini, who in a flash of genius, managed to relate his two sculptures of Daniel and Habacuc in two opposite corners of the Chigi Chapel in Santa Maria del Popolo in Rome.

Over the years, these two buildings have been converted into offices for Driehaus Capital Management LLC and the Richard H. Driehaus

Museum. Three other buildings—a townhouse, carriage house and the John B. Murphy Memorial Auditorium complete the *sense of place*. Of special note, the Murphy Auditorium, with its great domed lounge and imposing exterior, is a fine example of the best of English neo-Palladian architecture.

Richard Driehaus has established this privileged “place” for public enjoyment by reorganizing the surroundings in a very similar way to what we are doing today in this academic hall. Here we have the brilliant work of the unforgettable maestro, Fernando Chueca, perhaps with some minor cooperation from me, as the perfect accessory for this old palace created by José de Churruquera and Diego de Villanueva.

Richard Driehaus’ view of these historic architectural “places” is very similar to that of the landscapes chosen by our monarchs in the 18th century to build their palaces, both in the city and in the countryside, which have now been consecrated in our history as “sitios reales” or “royal places.”

There was also a time back in the sixties when the European defenders of their artistic heritage used the word “place,” with a similar criterion, to designate monumental sites in the same sense that our new member applies the term that had fallen into disuse for many years.

My dear Richard, I would like to offer you my most cordial welcome on behalf of the Academy with my congratulations, and wish you a long and happy future with us and may you come and visit us as often as possible. How far Chicago is, and how close!

We in this house expect a lot of your experience and advice and far more of your love of architecture and the arts. We also expect a lot of your devotion to traditional architecture, to prolonging and raising awareness

about it through teaching, because let us not forget that this Academy was created to purify classical language in the graphic arts and for their educational dissemination. Today, like two-faced Janus, the Academy must ever remain with its gaze set on the future, while at the same time, never taking its eyes off the great legacy of the past, to defend it, study its history and to systematically analyze its eternal language.

Thank you.

Rafael Manzano Martos is known for his expertise in Western and Islamic vernaculars and his distinctive use of the Mudéjar style. The 2010 recipient of the Richard H. Driehaus Prize for Classical Architecture, he has designed buildings throughout Spain and the Middle East. His career has also included building restoration, urban planning and teaching. In all of his works, he has remained faithful to the classical idiom and to the integration of his work in the urban setting and rural landscape.

Photography Credits

Figures 1–2, 4–6, 13–17, 19–23 by John Faier. Figure 3 by Antunovich Associates;
Figures 7 & 10 courtesy of Roland C. Nickerson; Figures 8–9 & 11 © Driehaus Museum;
Figure 12 by Alexander Vertikoff; Figure 18 by Amanda Sudimack/Artisan Events, Inc.

Translation by Julio Gutierrez de Quijano.

Designed by Roy Brooks, Fold Four, Inc.

Printed in the United States by The Fox Company.

Edition of 800 copies.

Copyright 2015 Richard H. Driehaus and Rafael Manzano Martos, respectively.

